

Nº 20.

8. AGOSTO

1926

PÁGINAS

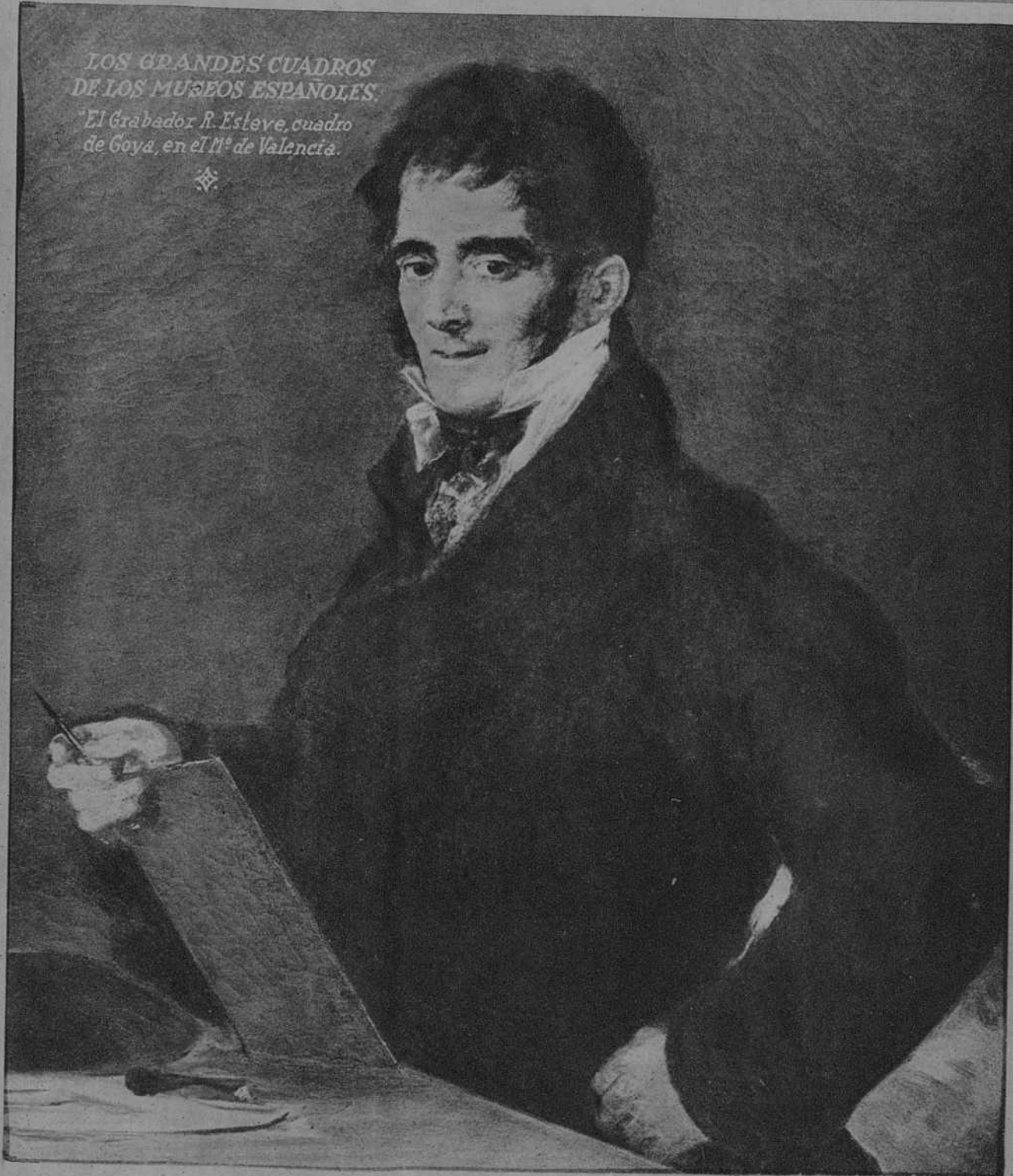
EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.

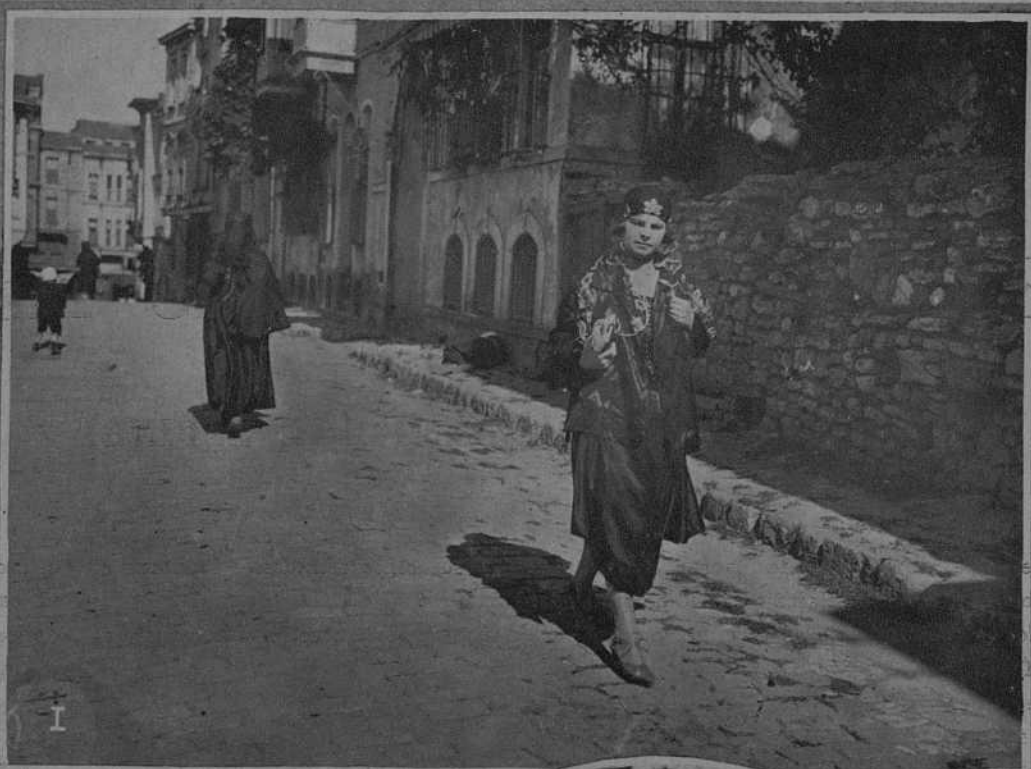
LOS GRANDES CUADROS  
DE LOS MUSEOS ESPAÑOLES.

El Grabador R. Esteve, cuadro  
de Goya, en el M<sup>o</sup> de Valencia.



## Las dos Turquias.

Europa se ha conmovido con la implacable justicia de Mustafa Kemal, ahorcando a trece diputados y ex-ministros que conspiraban contra su régimen, en el que ha impuesto la cara descubierta a las mujeres, el laicismo en la enseñanza y la república como forma de gobierno.



II

III

I.- He aquí, en estas dos mujeres, las dos Turquias.

II.- Una calle de la nueva Constantinopla.

III.- Algunas descubren su cara, pero persisten en el uso de la indumentaria nacional.

IV.- Mujeres turcas, "descubiertas" y "tapadas", en la azotea del Parlamento de Angora.

(Fots. Wipro-Bildstelle).



IV



# La Santa Magestad de Caldas de Montbuy.

Abside y campanario de la Iglesia donde se guarda la Santa Magestad.



Altar del Camaril, donde se venera la famosa imagen.



La imagen.

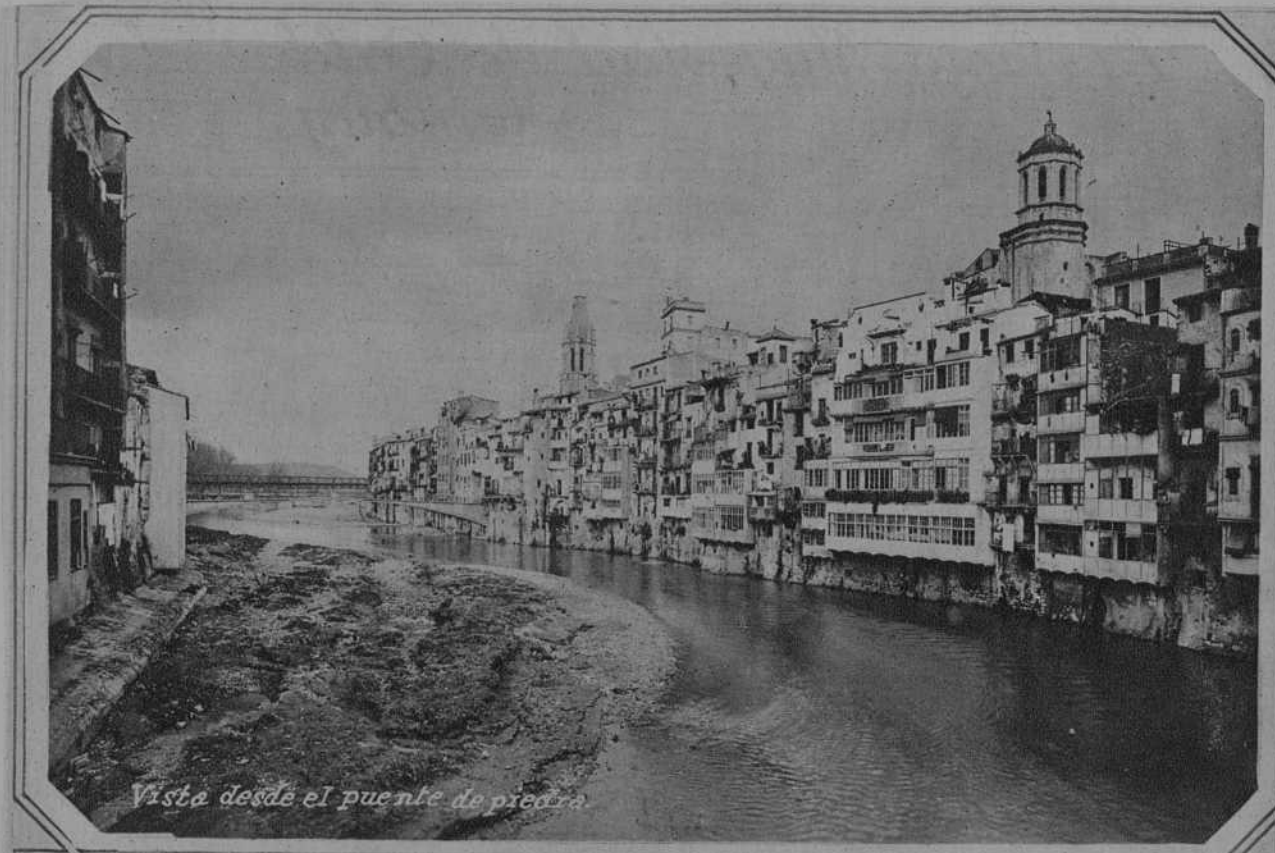
(Foto Francari).



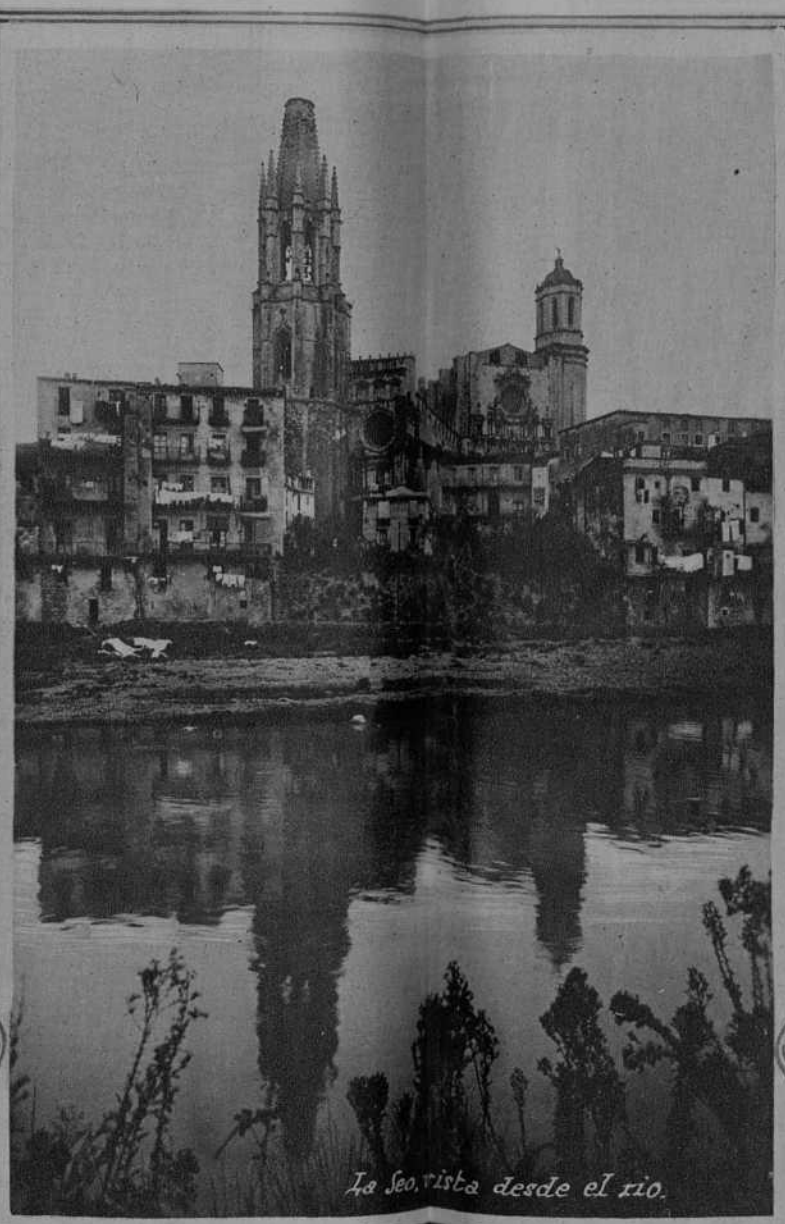
Detalle de la imagen.



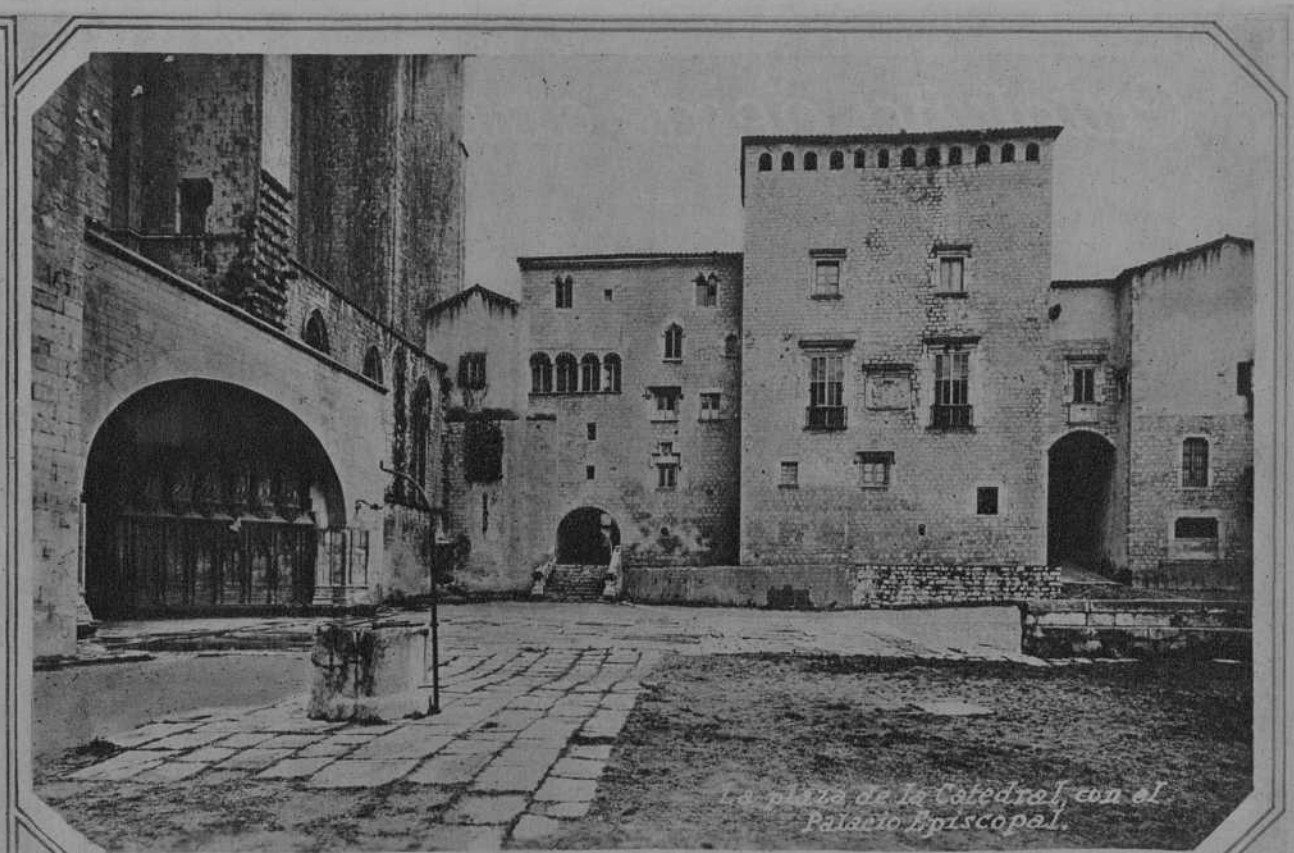




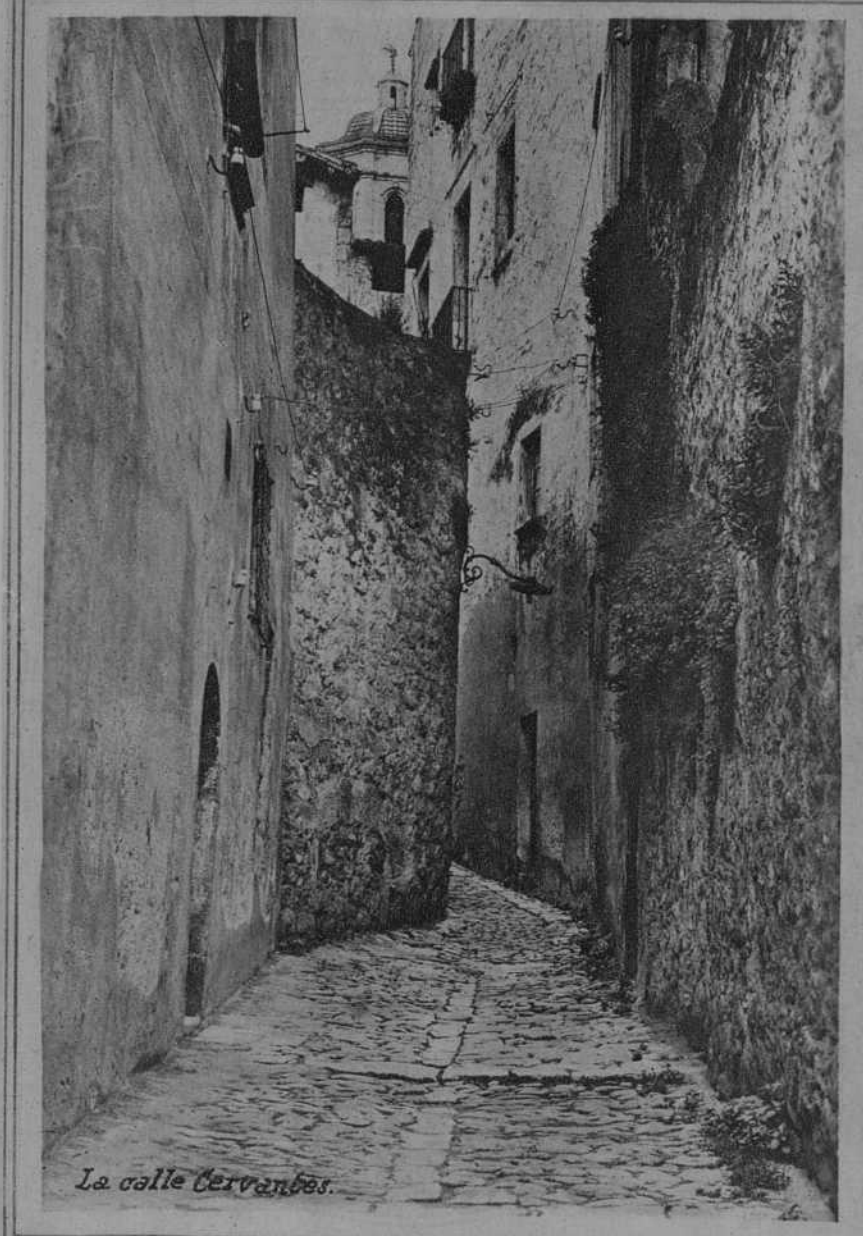
*Vista desde el puente de piedra*



*La Seo, vista desde el río.*



*La plaza de la Catedral, con el Palacio Episcopal.*



*La calle Cervantes.*

**GERONA**  
La de los ríos  
y las gestas.



*Palacio del Viscondado.*

Si Tarragona es la Edad Antigua, Gerona es la Edad Media y la Moderna. Galdós, hijo, pero pudo hacer ciento. Como se puede hacer con sus evocaciones, un libro a la manera del que Rodenbach dedicó a Brujas...

*(Fots. Arxiu Mas)*



*La torre Cornelisa.*



*Cataluña desde avión.*



*Gerona. Vista general.*

*Tarragona. El balcón del Mediterráneo.*



*(Fots. Gaspar, desde avión Latécoère).*





◆ GERONA ◆  
El Pilar de Techet y las Murallas.

*Las fuentes  
del  
Llobregat.*



Camino de las  
fuentes del  
Llobregat.



Nacimiento del  
rio Llobregat  
en Castellar  
de Nuch.



Puente de Far-  
ga en Castellar  
de Nuch.



(Fots. Mallat.)



# ROSIÑA ROSADA

por M. D. BENAVIDES

El cuerpo sin alma de la posesa, retorcido por la furia de un pecado maldito, agitábase en un ruín camastro. En los ojos de mirada turbia vacilaba el iris, y las oscuras pupilas revolviéndose en las cuencas viejos cauces de lágrimas, como queriendo descubrir en el vacío el sentido de aquel dolor y de aquellas prácticas de ignominia que había de devolverle el alma, su pobre alma aterida de espanto y oculta ahora en las entrañas precitas que fecundara el Enemigo Malo

—¡Mi madre mi madre! ¡Baldadña dejáronme!—gimió la enferma

Y su cabeza, ceñida por las espinas de una torpe maternidad, onduló a un lado y a otro.

Luego...

Nadie le oyó llegar. En el recinto de la alcoba, flagelado por los sollozos, hizo su aparición el mago de los sueños; el Silencio. Una pausa llena de rumores, aposentóse a la vera de la derrengada yacija. Acarició el Silencio con sus alas de sombras a la moza dolorida, y en su blando seno tendióse el dolor.

Mas ¿por qué se va tan pronto?

«No te alejes mucho, benévolo consagrador de ilusiones. Vuelve presto y sostén con la eficacia de tu presencia el afán de vivir de la rapaza...» ¡Oh, Dios, él también la abandonó!

Rosiña mira en torno para recoger en confusa visión el tono de las cosas que la rodean: el misterio de la obscuridad, jardín sombrío en el que se abren las flores negras de los augurios funestos; el secreto de los muebles familiares, hoscos en esta hora que anuncia el paso de la muerte; la verdad oculta en las cosas que se destacan en el claroscuro de la penumbra... Y vuelve a gemir. Y nada turba su duelo.

Los brazos abiertos formaban cruz exaltando la angustia de aquel rostro besado por las larvas del crimen. Y el murmullo de las voces que revolaban sobre el lecho, parecía amagar la carne triste, salmodiando las frases de un fúnebre epitafio.

Rosiña rosada. ¿quién te hizo mal?

En la estancia desposeída de los bienes de la gracia, hablaban las cosas de fines peliagudos.

Un arruinado candil, pendiente de una viga acollarada con ristras de ajos, proyecta su luz temblores histéricos. Y en el fogón, una barra de hierro chisporrotea apretada de color, coruscante, como la espada flamígera del ángel matasiete.

Pláñese la moza. Y la abuela la mira con ojos que adivinan y no ven. Y se duele la cuitada del sufrir de la niña.

—¡Pobriña! ¡Pobriña!

En una vieja, muy viejecita, tan vieja, que sus cabellos de blancos que eran, pasaron a tener el color de la plata oxidada. Es una vieja muy viejecita, tan vieja, que hace mucho tiempo que vive tanteándose en una noche que nunca se acaba. Parece como si hubiera existido desde siempre y que sobre sus espaldas pesasen todos los años que tiene el mundo

—¡Rosíñal—dice.

Y le tiembla la voz como si se la sacudiera el viento.

—Mi madre, ¿qué mal feitzo me hicieron?

—Yo no te lo sé, rapaza.

Cruje un mueble y chasca la leña en la llama. Suena fuera el «galop» de la tormenta. La estrella de la tarde se asoma al tragaluz y vierte en el tabuco el donaire de unas gotas irisadas.

Pero he aquí al venerable anciano de manos suaves, cuya es la sal de la sabiduría. ¡Reverenciémos su presencia!

«Dínos, Señor, tú que presides el nacimiento de las inquietudes y haces florecer en la soledad las meditaciones de los santos. Dínos tú, Señor, padre de nuestra alma, soberano Silencio, ¿por qué no apaciguas el dolor de Rosiña? Ella no pecó, tú bien lo sabes. ¿Por qué sufre entonces?... Mírala, te ha descubierto y sonríe. Acaso te reconozca. Más de una vez—¿no te acuerdas?—tus caricias encendieron sus mejillas, porque tu voz soplabá en sus oídos promesas amables. ¿Y no se encandilaron sus ojos cuando oyó los pasos táctos que te acercaban a su corazón con las manos colmadas de risas?... ¿Por qué, pues, no apaciguas

su dolor? ¿Dices que aún es pronto?...»

Ha huído el Silencio.

Las llamas del fogón irradiaban una claridad dulce en la alcoba amodorrada, despertando a los bienaventurados fantasmas que iban de aquí para allá, siempre alegres, distintos y divertidos: sus formas gentiles brincan, se truecan y rompen delante de todos los ojos. Estos buenos compadres habitan en las paredes, aunque sean mugrientas. Ellos van y vienen, hacen volitarias transformaciones, tienen sus trucos y no molestan nunca. ¡Que Dios se lo pague!

Encima de un trípode de metal puesto a la cabecera de la cama, arden dos velas de sebo erguidas en sendos candelabros de latón. Y en el suelo, describiendo la circunferencia de los sortilegios, tres espigas de rubios granos, media onza de unto, el diente de un niño y una vedija de macho cabrío, actúan de salvaguardia contra las malicias del Gran Encadenador.

Rosiña dorada, ¿quién te hizo mal?

Los goznes de la puerta chirrían con pesadumbre. Entra la bruja, una vieja mastruerza. Renacen los muertos sollozos. Y reclamando las palabras, la bruja anuncia:

—¡La voz del cuclillo, dejó de cantar! ¡Vuelan las golondrinas a ras de la tierra! ¡Por Oriente asoman, como sombras mortales, las nubes del Sábado! ¡El Mal Sagrado, puede curar!

Un hipido de la abuela pasma las palabras. Y como una turbonada, pasa de nuevo el silencio apagando el clamoreo de los lamentos.

Venía ya la noche, anda que te andarás, llevando por delante las horas del sol, y a cuestas, su haz de sombras. Los perros ladradores, llenos de susto, aullaban mostrándole los dientes carniceros. Pero la anciana señora conocía de antiguo la fanfarronería de estos amigos del hombre y entrábase la risa al oír sus gruñidos. En llegando a la puerta de la bruja, la noche se detuvo, descargóse un poco y siguió su camino.

Rosiña rosada, ¿quién te hizo mal?

Y un alarido atarazante conjuró:

—¡La hora del rito acaba de sonar!

Desgarrábanse las entrañas de la posesa



sa, y al intento que quería llevarse la vida—¡Acorredme, Madre de los Afligidos!—jugó las piernas buscando el mentón con las rodillas y torturó un ¡ay! de ahorcado flamenco.

En un amén, la bruja vistiéndose el halda de las mancebas del diablo, corrió al fogón zapeando el suelo, apoderándose de la barra ortopédica y, blandiéndola en la diestra mano, mientras con la siniestra hacía la señal de la cruz, acercóse a la rapaza.

—¡Sal, demo, sall... ¡Que las once mil vírgenes la vean parir! ¡Que el díañ tentador sienta su padecer!... ¡Sal, demo, sall

Pasando a flor de piel, el hierro encendido descubría sobre el desnudo de la enferma los círculos y las figuras que resumían la ciencia de la saludadora.

—¡Toma, demo, toma!—una cruz en el pecho.—¡Toma, demo, toma—una cruz en el vientre.

Y otra vez nació el silencio y enroscóse a los hechizos ahogando las bellacas palpitaciones. Y los fantasmas que discurrían por la estancia quedaron inmóviles. Y parecía como si unas garras monstruosas se afincasen en la ardida piel de la pobriña, en la piel bruñida por el fuego del hierro, y arañasen con unas uñas que exhalaban hilos de luz, las entrañas de la posesa.

—¡Una, dos, tres... con la ayuda de la señora santa Inés! ¡Una, dos, tres, cuatro... con el favor del señor San Torcuato!... Un demifio pequeniño nacerá y en agua se ahogará... Volará la su anima y... ¿Cómo se llama la moza?

—¡Ay Jesús! ¡Ay Jesús!—sollozó la abuela.—Bautizáronla y le pusieron Rosiña. Mas los mozos y las comadres dicenle Rosiña rosada... Señá Clotilde, ¿sanará Rosiña... ¡Ay Jesús!... ¡Ella sanará?

Y la seña Clotilde concluyó:

—Volará la su anima y Rosiña sanará... ¡Una, dos, tres... con la ayuda de santa Inés! ¡Una, dos, tres, cuatro... con el favor de San Torcuato!

Suenan en la flauta de Pan los acordes de un nocturno y el grillo monocorde fina con trémolos de solista su música canicular.

Un airecillo muy cuco agita los árboles y pone en las hojas las gotas pueriles del rocío, clara miel de los preñados panales de la tierra húmeda. Tienen las estrellas el mirar atravesado y bizqueante de un ojo en el que se hubiera suicidado un mosquito, y un arroyo de aguas encalmadas y labios de cristal unidos a los labios cochambrosos de la tierra, las refleja murmurando queda la llorona oración que inspiró al desventurado Cnopin.

Pasa la jauría de Diana detrás de Endi-

mión. Todo el bosque se estremece. Se abren los gritos como alas y cruzan los campos volando en busca de ratas de pagaña.

Rosiña ha trajinado desde la hora del alba. Desgranó un ferrado de espigas que llevó al molino; condujo al hervoroso pasto la tora granada; recogió las puestas de las gallinas y acostó la llueca. Ya anochecido, peinada y lavada, con traza primorosa, el balde a la cabeza, sale camino del hontanar en que retoza el mocerío.

—¿Dónde vas, Rosiña? ¿Dónde vas?

—Voy parolar con los mozos y las mozas.

—No vayas, Rosiña. Tiempo tienes de parolar. Eres aún rapaza tierna.

—Nadie me hará mal, señora abuela.

—¿Tú que sabes, rapaza?... ¡Ay Jesús! Espera, Rosiña! hasme de oír una conseja.

Rosiña es bonita como un sol y blanca como la hahina tragal. Llámale Rosiña rosada y nadie le conoce cortejo, porque en sus quince años los sueños no dan vagar para admitir regalos de requiebros.

Rosiña ha trajinado todo el día, y al volver de la fuente, el cansancio animala a tenderse en el almo del lecho de verdura que bordea la carretera. Rosiña piensa que la noche va ha ser de helada y se duerme arrebujándose en la confianza de la proximidad de la casona. Y tiene un sueño.

Una vez...

¿Fué por San Benito? No, por San Benito no fué. ¿Fué por la fiesta de la Virgen de la Franqueira? No, por la fiesta de la Virgen de la Franqueira no fué. ¿Cuándo entonces? ¡Quién lo recuerda!

Como un leve rumorear de brisas debieron de ser los días que precedieron a la fecha de su cumpleaños. Pero ¿por qué tuvo aquel liviano pensamiento?

¿Que qué podía suceder cuando cumpliese los quice mayos?

Rosiña no lo sabía. Sus ojos vigilaban el despertar de los nuevos días y miraban con una furtiva esperanza. Sin duda, en las flores de aquel año el aroma tendría una gracia inédita y en los rayos de sol danzarían las promesas nupciales.

¿Y qué más?

«Pero despierta, Rosiña. No te duermas en los caminos, que los lobos bajan de los montes. No sueñes lejos de la casona, que andan sueltos los ladrones de ovejas blancas. ¡Despierta, Rosiña rosada, despierta! Lana de corderas para los feitizos, buscan las meigas».

Una vez...

Hilaban las abuelas buenos brazados de lino. Y las rapazas dejábanse camelar por los mozos. A media tarde, ladró un perro debajo de las faldas de la señora Antonia— ¡Ay rabic!—, unviejo camandulero soltó el

garabato de una agudeza y todas las bocas se llenaron de risa.

—Bien majado le está el lino, señor Adrián.

—¡Pues no lo ha de estar!

—Los mozos de antes aún lo majaban mejor.

—¡No lo digas, ¡hom!

Las voces de las viejucas bisbiseaban con sabor de rezo. En las manos huesudas danzaba la rueca encaperuzada de blanco, como una hermana menor. Y las palabras parecían somormujarse en las bocas sin dientes, huellas con las mellas de los besos que los años pusieron en sus labios.

De súbito roncó el roncón haciendo rebullir las plantas del mocerío, ganoso de baile. Y daba gozo tener abiertos los ojos a tanta alegría.

Suspirando, las pochás hilanderas festejan a la rueca para que deshile los copos de lino. Y el roncón roncaba con el craso rumor de un seminarista placero y pendón.

Iba de pasada la tarde. La luna cornuda embistió a una nube, y su resplandor, cayendo sobre las desnudas cabezas de los hombres, púsoles un nimbo malicioso.

Cruzó por el lugar el ciego de San Cibrán, camino de Pontareas, a la feria del Santo Cristo. Ofrecieronle asiento y una taza de mosto, y el ciego se detuvo para aceptar lo uno, tomar lo otro y saludar a la concurrencia con decires felices y sabihondos.

—Yo digo mi letanía: «¡No hay peor mal que el de la noche oscura del que no ve!» Yo digo mi letanía. Pero a vosotros, almas cristianas, vos voy a decir otra: «Peor es pasar hambre de risa que de pan». Vosotros vos reis y por eso dígovos mi letanía.

El ciego apuró el mosto, limpióse los labios tintos con el revés de la mano y devolvió la taza. Mas antes, puso dentro de ella un beso y una oración.

—El beso es por la caridad que se me hace. Con la jaculatoria favorezco a las almas de mis bienhechores. Y ahora busco a la hija de la casa, cuenco de miel y azalea de sal, y la rumoreo de bajito: «No aceptes cortejo, moza, que de la villa ha de venir quien mejor te merezca».

El viejo romancero alardeó con los ojillos calvos y pitafiosos cual si quisiera gozarse en la turbación de la rapaza, que ocultóse el rostro, encendido por el halago de la profecía, en el halda de la madre.

—Y dale vergüenza—dijo un galán.

Y un camastrón:

—Es liviandad.

Y el ciego repuso:

—Malicia de persona disimulada, ni muerde ni daña.



«Pero despierta, Rosiña. No te duermas en los caminos, que los lobos bajan de los montes. No sueñes lejos de la casona, que andan sueltos los ladrones de ovejas blancas. ¡Despierta, Rosiña rosada, despierta! Lana de corderas para los feitizos buscan las meigas».

Una vez...

Por San Cosme los maíces estuvieron en sazón. Habían perdido el ringorrango del copete que los coronaba, con el que las bestias se alisan los dientes y se endulzan la boca, y tenían tantas espigas que era un alabar a Dios. Hubo que traer gañanes de Celeiros, de San Juan de Rivarteme, de Cumiari y de Arnoso para hacer las gavillas. Y aún eran pocos. ¡Un gentío, señor, un gentío! Y presentárase tan galán el otoño, que de noche los caminos estaban despiertos oyendo la música de los panderos, el canto de los «alalás» y los rijosos «aturuxos».

Las abuelas prodigaban los avisos. Y decían:

—Guardarvos, rapazas, que andan sueltos los raposos.

Mas ¿quién hace caso de viejos?

Las rapazas no se guardaron.

Y pasó San Cosme. Y por Santa Lucía muchas mozas hubieron de quedarse en las casas sin poder librarse del recuerdo que les dejaron sus cortejos. ¡Cuánto bautizo aquel año!

—¿Non vos lo dijimos?—mascullaron entonces las abuelas.

Llegó San Silvestre trayendo compradores. De la villa vinieron a llevarse el maíz. Y Rosiña hizo memoria de la profecía del ciego de San Cibrán.

Mozo pulido si lo era, como hay Dios. El sobrino de don Eusebio, el marchante más rico de Pontareas, retrepábase en su mocedad, fresca y apretada como cochura de buen pan, luciéndola bien. Compró el maíz a los padres de Rosiña y quiso comprarles el querer a la rapaza.

—¿Cuánto pides?—preguntaron sus ojos apioladores.

—¿Cuánto das?—respondieron los ojos cativos de la moza.

—¿La vida es buen precio?

—No es necesario dar tanto.

Y cerraron el trato sin otro discurso. Fué el mozo pulido prometiéndolo volver. Y Rosiña quedóse esperando.

Pian pianito, un día tras otro, pasóse la semana. Y a la caída de la tarde del sábado, Rosiña durmióse al volver de la fuente.

—¿Cuando yo cumpla los quince mayos!... soñaba.

¿Que qué podía suceder cuando cumplierse los quince mayos?

En la mañana de aquel día, un hada la despertó.

—Rosiña, te traigo los quince mayos. ¿Dónde quieres que te los deje?

—Déjamelos ahí, señora hada; yo los guardaré. He de llevarlos conmigo a la misa del domingo.

«Pero despierta, Rosiña. No te duermas en los caminos, que ya viene el lobo. ¡Despierta, Rosiña rosada, despierta! ¿No oyes los sus pasos?»

Mas Rosiña no despertó.

\*\*\*

Un sátiro avanza por la carretera. Es un gran bigardón. Trae en la mano un cayado y a hombros, la tienda del buhonero. El mundo es suyo; recorriólo muchas veces y conoce sus martingalas. Los labios nunca mudos dicen el monólogo de su alma de catequista que pone cátedra en las tabernas:

—Ya jamás llegaré, porque ya he llegado. Ni voy nunca a determinado lugar, porque siempre estoy en mi lugar. Las frutas del campo, la sombra de un árbol, el agua de un regato y la hembra trotona: he aquí mi riqueza.

En esto sonríe el tuno y añade:

—La mujer ajena y la hacienda ajena: he aquí una riqueza que también me place y me tomo y gusto cuando me conviene y quiero. Porque poder, ¿quién no puede? Ciertamente alguna vez no falta bárbaro que me apalée por tomarme lo que es suyo. Bueno ¿y qué? Si él pega y yo recibo, queda la deuda saldada. ¡Siempre lo mismo! A una de cal, otra de arena. Venga, pues, la risa a alegrar mi ocio... Ládranme los perros si entro en poblado y los chiquillos—estáis seguros de que yo no soy vuestro padre, pequeña canalla?—échanme a pedradas. Pero las mujeres—¡Cristo con ellas!—, en cuanto me columbran, corren que se las pelan, y mi labia, rica en donaires, las engatusa, abriéndoles ganas de comprar las maravillas de mi industria.

—¡Cintas, avalorios, peinas!... A tres perriñas, señora María, lo mismito que el otro día.

Y acuden las muy pícaras regateando rebajas, que a veces consiguen... ¡de qué manera! ¡Lo que saben las ladinas!

Los pasos del buhonero lastiman el silencio de la noche. Pequeños mundos, pálidos y temblorosos como recién nacidos, bailan la danza de la creación en la nebulosa ruta de milagro que lució sobre un monte galáico, mientras en los pastos del cielo retozan las siete cabritas, y Amaltea, la baladora nodriza de Júpiter, llama a su hi-

ño precipitado del Olimpo por los nuevos dioses venidos de Oriente.

Por la carretera, el golpe de los zuecos traza la senda vana de los solitarios, que caminan siempre entre dos desiertos. ¡Pecado de soberbia!

Y Rosiña dormía. Las sombras azules caían a su alrededor queriendo ocultarla a las miradas sagaces de los gallofos trashumantes. Pero el bigardón del cayado en la mano y la tienda a cuestas, sabía de las trampas de las sombras que en la noche inmensa son refugio de los que corren la tuna. Y sus ojos las descifraban barrenándolas con las huroneadoras pupilas.

Y Rosiña, que soñaba adornarse el domingo con los quince mayos que le trajera la señora hada, despertóse cogida por las tenazas del espanto.

«¿Qué harás ahora con tus sueños, Rosiña rosada? ¿Para qué los querías? ¿Para qué?...»

Caen las hojas con manso rumor horando la agonía del otoño. La flauta de Pan remata el nocturno con un suspiro. Y el grillo monocorde fina con trémolos de solista su música canicular.

—¡Cintas, avalorios, peinas!... A tres perriñas señora María, lo mismito que el otro día.

\*\*\*

—Rosiña rosada, ¿quién te hizo mal?

—Yo no lo sé, mi madre. El díaño le debió de ser.

—¡Ay Jesús! Tenemos que ir donde seña Clotilde, la Sabia.

—¡Lléveme, mi madre, lléveme!

La casona tornárase medrosa desde la noche en que la rapaza volvió de la fuente perdida la color, a medio perder el habla, rubios os ojos y el andar cansino. Y con ella entráronse por la puerta los trasgos de la aldea, los luciféres que roban los graneros cuando mengua la luna y asustan a las viejas imitando el canto de la oropéndola.

—¿Qué te pasa, Rosiña?

—Yo no lo sé, mi madre. Debiéronme de hacer feitizo y quedéme sin alma.

—¡Santísimo Cristo nos vala! ¿Y qué le vas decir al mozo pulido?

Lágrimas dañinas resplalaron por el rostro de cera de la enferma. Y nada se volvió a hablar.

Un día. Otro...

Rosiña tendióse en el regazo del silencio, de cara al cielo, y fijó la mirada no se sabe dónde.

—¿Por qué no me hablas?—preguntábasele la abuela.

Fero ella no le...



Era la casona vivienda baja de techos, paredes sin revoco y ventanas abiertas al campo. Todos los amaneceres el sol bonito parábase a jugar en los cristales de la alcoba de la moza, y después de anunciarse como galán cumplido, entraba y suspendía sus rayos sobre la cama en que ella encontraba reposo, siempre despierta para librarse de los sueños que queían engañarla.

La casona estaba medrosa.

—Tenemos que ir donde seña Clotilde, la Sabia.

—¡Lléveme, mi madre, lléveme!

Tomaron camino Dios amaneciendo, vieja la abuela de los muchos años y vieja la nieta del mucho padecer. Y hasta las piedras parecían ponerse de punta para hacerles mal.

—¡Ay Jesús! ¡Ay Jesús!

Pero ellas siguieron adelante—ala, ala, ala—y llegaron ya atardecido a la casa de la bruja.

Y la bruja auscultó, palpó, recitó oraciones, púsose los dedos en las ventanas de la nariz y, oliendo y tocando, dijo que allí un díaño había enamorado, porque era frío su amor y olía a azufre.

La abuela al oírlo, echóse a llorar con llanto de niño, y la nieta jesuseó un rezo con voz lenta y esperó.

Y cuando llegó la hora del remedio, arrancóse de la garganta gritos de misericordia, pidiendo que le devolvieran el alma cautiva en las entrañas de maldición que fecundara el Enemigo Malo.

Y sentía como si se le revolvera al conjuro de la bruja. ¡Queríasele salir!

—¡Mi madre, mi madre quíere se escapar! ¡Cójala, mi madre!

Alzáronla del camastro y, sujetándola con una sogá por debajo de los brazos, la colgaron de la viga acollarada con ristras de puerros.

Un momento, los pies desnudos bailaron sobre un cubo lleno de agua, balanceóse el cuerpo colgado como un péndulo y la posesa silbó entrechocando los dientes.

—¡Fúgite!—gritó la Sabia.

Y el hierro ortopédico comenzó al poco a trazar círculos y cruces entre la bulla de las palabras.

—¡Una, dos, tres... con la ayuda de la señora Santa Inés! ¡Una, dos, tres, cuatro... con el favor del señor San Torcuato!

Braceó la enferma tratando de rehuir el castigo de su crucifixión, crujiéronle los huesos y la cabellera hispida fué cayendo en manojos de hebras húmedas de sudor.

—Huela a juncias—rumoreó.

Abatió la cabeza y los ojos vidriosos se aplomaron sobre el corazón por el que fluía una vida.

—¡Sal, demo, sal!... ¡Que las once mil vírgenes la vean parir! ¡Que el diablo tentador sienta su padecer!... ¡Sal, demo, sal!

Los dedos ganchudos de la bruja ahondaron en la carne inocente y hundieron luego al mal nacido en el agua del cubo.

—¡Traía cornos!—dijo.

\* \* \*

Por las paredes del sanatorio del diablo, deslizábase la sombra del mago de los sueños, llégase a Rosifia, ábrele un costado y se le aposenta dentro.

Pausa.

—¡Un demiño pequenifio nacerá y en agua se ahogará!

¡Volará la su ánima y Rosifia sanará!...

(Prohibida la reproducción)



## MADRILEÑERIAS

## El Intimo Secreto de las Verbena

por SANTIAGO ESPINEL

Se habla mucho fuera de Madrid, de las verbena madrileñas. Hasta el punto de que en los balnearios y playas de moda no puede faltar, en los programas de los festejos este número: «Típica verbena al estilo madrileño».

Farolillos, manubrio, churros y mantones. Con estos materiales tan sencillos, se suele organizar verbena madrileña en España y fuera de ella. O por lo menos unos bailes al aire libre que quieren parecer verbena. Y es que ni los mismos que han asistido a ellas saben como son.

Una verbena es, ante todo, una feria con todos sus barracones, atracciones y tenderetes. Esto es lo fundamental. Sin la invasión «cubista» de las abigarradas construcciones frágiles, que irrumpen en la calle más ancha del barrio en fiestas para formar, entre los edificios de piedra, una calle improvisada y fugaz a base de madera, cartón y tela, la verbena no sería tal.

Eso de que los churros, los farolillos, el manubrio y los mantones de Manila, constituyan el alma de la verbena no pasa de ser literatura barata. Porque la verbena madrileña tiene, como es sabido, sus cronistas especializados. Que son, en definitiva, los que llenan de cascos a las gentes haciéndoles creer que una verbena en Madrid es una cosa excepcional.

Hay individuos de esos que todavía nos habla de majas, chisperos, manolas y calezas. José María Junoy, con su ática percepción aguda, llama «madroñeros» a los falsos madrileñistas. Sí; hay una «escuela de los madroños» que se dedica a la exportación literaria—a provincias y al extranjero—de un Madrid hecho de tópicos descreditadísimos. No hay que hacerles caso. Los madroños no les dejan ver en el bosque. No les dejan ver ni la pared de enfrente.

Volvamos a la verbena. La verbena madrileña, no pasa de ser una modesta fiesta de barrio en la cual lo mejor es la ingenua alegría de los verbeneros castizos que go-

zan con sus cinco sentidos y con toda el alma.

La verbena vista con los ojos corporales y olida con las narizotas de paseante aburrido de que no sabe de qué va, es una cosa detestable.

El que asista a una verbena en tales condiciones nos proporcionará, de seguro, esta definición:

—«La verbena es un zoco rifeño, sucio y mal oliente, al cual acuden las gentes para aburrirse en comunidad y aturdirse con los estridentes ruidos verbeneros que disimulan el aburrimiento».

No le hagamos caso. A lo mejor es un pobre dispéptico.

—Oiga usted, niña. ¿Qué es una verbena?

—¿Una verbena?... ¡Mi madre! ¿Ha dicho usted una verbena?... Es... No sé. Es una mezcla de olor de churros y de albahaca, de murmullos arrobadores, de músicas deliciosas, de luces y colores que ciegan, de bebidas que enardecen, de brazos de bailarín que estrechan de un modo distinto y con más suavidad que en los otros bailes, de...

—¿De modo que a usted le gusta ir a la verbena?

—¡A ver!...

—¿El impulso del columpio no la marea?

—Me lleva a los cielos.

—¿El «Tío vivo», no la da vértigo?

—Un vértigo dulcísimo.

—¿No la asustan las sorpresas de los barracones «encantados»?

—Me agarro al brazo de mi acompañante y «me se pasa» en el acto.

—¿De modo que no cree usted que las verbenas deben suprimirse?

—¡«Amos», ande! ¿Está usted mochalet?... ¡Los hay que «tíen» «ca» cosa!...

Deliciosa modistilla, castellana y gitana, dócil, apasionada, buena, desinteresada y dulcísima: la verbena eres tú. Sin ti, toda la fealdad de la feria vulgar se pondría en evidencia. La humareda de las churrerías, el

olor de rebaño de la muchedumbre, el polvo espeso y acre, el vaho de foso teatro de las cavernas de trapo... se convierten (tu paso en una nube de felicidad de noche de verano.

Tú y todos los ingenuos verbeneros castizos y cabales, habéis creado ese vaho ideal de las pobres verbenas intrínsecamente lamentables. Os encontráis en el propio mundo circundante de las atracciones de feria como el pez en el agua. Sin los jocundos verbeneros voladores, rotativos, acróbatas y bailarines la verbena madrileña sería una feria más.

Esos pollos y esas señoritas que, en playas y balnearios, quieren improvisar verbena madrileña con churros, farolillos, manubrios y mantones se olvidan del ingrediente esencial: la ingenua alegría de los humildes verbeneros.

Bien es verdad que esto no se compra ni se vende. Los pobres lo poseen en alto grado. Es su riqueza. Es el secreto de la verbena madrileña.

La ingenua alegría de las verbenas tiene su expresión pura en las imágenes de barro del Santo Patrón del barrio en fiesta.

En la última verbena de San Jaime, adquirí un delicioso Santiago Matamoros, con el cual, el obscuro escultor primitivo dice a su modo, al través de la tosca figura de barro que modelaron sus dedos, la íntima poesía secreta de las verbena madrileñas que es la que arrastra a esas muchedumbres ingenuas, con gentil desenfado, hacia la modesta diversión callejera. Sí; la tosca imagen verbenera rebosa evidente satisfacción motivada—¡qué duda cabe!—por el penacho rojo y azul que el escultor le ha puesto a su caballo. Que es lo mismo que a los verbeneros les pasa al contemplar las banderas, las luces, los barracones, los tenderetes y las aturdidoras atracciones estridentes.

Y este es el íntimo secreto de las verbena que no tiene nada que ver con la chulería literaria de los «madroñeros».



# LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

por CASIMIRO GIRALT

## I

*Andanza de la farándula barcelonesa. — «Mujeres y flores de España».*

«Femmes et fleurs d'Espagne»: Así, en francés, como corresponde a una Compañía que estime en mucho su prestigio.

Esta Compañía, es una compañía española lírico-coreográfica de revistas y grandes espectáculos teatrales que nació destinada a la exportación. La compañía debía nacer forzadamente en la Rambla de Barcelona y en el centro exacto de las Ramblas,—en la Rambla del Centro,—nació a la vida pública. Se trata, por lo tanto, de un producto autógeno de la Rambla.

Y digo de la Rambla, porque a pesar de sus diversas denominaciones, la Rambla es única y sola, y no tiene vía parecida en España. La famosa calle de Alcalá, de Madrid, por ejemplo, empieza en la Puerta del Sol y termina en Las Ventas.

Pues bien, la Rambla empieza en el Puerto y no acaba hasta la frontera francesa. Es un paseo que mira a América y se abre a la capital de Europa.

Por esto la Rambla tiene una apariencia engañosa de la que no puede uno fiarse. Parece un paseo amable, frívolo, intrascendental ¿no es cierto?

Parece el inofensivo sitio de reunión de los torerillos, el vivero de los cómicos sin contrato,—el cómico es pacífico mientras carece de contrato.—Parece el paseo obligado del forastero ingenuo, del extranjero curioso, del futbolista alegre y vocinglero. Parece el punto de cita de la modistilla, del estudiante, del hortera...

Parece todo esto y todo lo imaginable, pero no hay que fiar de las apariencias.

La Rambla tiene el cerebro propicio a todas las inquietudes, a todas las exaltaciones, a todas las estridencias. Por la Rambla pasean al tiempo la Neurosis y el Equilibrio y casi a la vez nacen en ella el catalanista y el lerrouxista, el anarquista y el

requeté, el socialista y el sindicalista del Único y del Libre... La Rambla es un paseo federal en donde se juntan el soñador iluso y el «viva la Virgen!» el fenicio y el caballero de la aventura... En la Rambla se enciende la mecha del motín, de la algarada, de la revuelta ciudadana, se encienden los cirios de la procesión del Corpus y las flores trágicas del atentado terrorista, entre la maravilla de las flores de los puestos de venta...

En la Rambla tenía que ser y en la Rambla fué. La compañía nació en la Rambla, era bautizada en ella y de ella salía camino de París y de Londres, príncipalmente, en ruta para el Oriente maravilloso, después...

A esta segunda expedición vamos a referirnos. Las aventuras de la farándula barcelonesa por tierras de Oriente, no pueden dejar de ser curiosas e interesantes.

Si tú, lector, quien quiera que seas, quieres seguirlos muy de cerca puedes formar parte de la expedición. Te ofrecemos cordialmente un plato en la mesa, un sitio a nuestro lado en el tren, un camarote vecino en donde reposar blandamente... Por lo demás, lector invitado, serás seguramente el único que llevarás en el bolsillo el billete de vuelta y ello habrá de proporcionarte una tranquilidad de la que, a Dios gracias, los demás no podemos disfrutar...

He aquí el itinerario: Marsella, Port-Said, El Cairo, Alejandría, Píreo, Atenas, Salónica y Constantinopla. Como si dijéramos: una «boullabaise» en Marsella, un desembarque en el puerto más característico de Oriente, una excursión al valle de los Reyes; un detenerse absorto ante las tumbas de los Faraones milenarios; una puesta de sol inolvidable en la Ciudadela del Cairo,—la Babilonia de las altivas cúpulas, de los atrevidos minaretes,—una excursión en camello al desierto; un paseo romántico por las riberas del Nilo, una noche blanca de luna en las Pirámides...

Después... de las Pirámides al Partenon y del Partenon a Santa Sofía de la famosa Stambul...

No olvides, querido convidado, que nosotros, tus compañeros de excursión nos sentimos como nuestros antecesores por tierras de Oriente un tanto romántico, un mucho héroes y, seguramente, bastante más almogávares que ellos.

Dice Ramón Montaner,—«Lo Conceller o Mestre Racional de la host»,—en su famosa Crónica, que nuestros abuelos «con mujeres y niños», pasan de Sicilia a Oriente, decorando sus nombres guerreros con los de las dignidades del Imperio; que luchan en Ferre contra los turcos, se enseñorean de la Anatolia y durante cuatro años siembran la destrucción y el exterminio en Tracia y Macedonia, bajo las mismas murallas de Andrinópolis, Salónica y Constantinopla.

Pues bien, nosotros, proa a Oriente, argonautas menos trascendentales, tal vez más justos, no vamos con mujeres y niños, pero vamos con «Mujeres y Flores» y si bien olvidamos incluir los niños en el bagaje de la expedición, no perdemos, no obstante, la esperanza de regresar con ellos...

Vamos en expedición reivindicadora. Nuestros nombres no harán estremecer torres y castillos como los de: «el César Roger de Flor, el megaduc Berenguer, el almirall Ferrán d' Aunés i el senescal Bernat de Rocafort», ni nuestras gestas heroicas habrán de sembrar la muerte ni la destrucción. Con nuestros cantos y nuestras músicas les llevaremos nuestro magnífico sentido liberal de catalanes y la alegría de nuestra Rambla barcelonesa, cosmopolita y corte, a pesar de todos los pesares, de la España artística y aventurera. Esta Rambla, en la que de vivir don Quijote, pondría seguramente piso, abandonando su casa en el oscuro lugar de la Mancha...

Este, lector compañero, es el bagaje de la farándula barcelonesa que marcha temeraria a la conquista del Oriente, que vuela como las águilas, pero que como las golondrinas sabrá volver a la ciudad de la Rambla, cuando la Primavera estalle en flores, en hojas, en tonalidades y perfumes de maravilla...



## IMPRESIONES Y RECUERDOS DE BARCELONA

## LA HUELLA DE RUBEN DARIO

por VALENTIN DE PEDRO

## I

Al evocar mis recuerdos de Barcelona, el nombre del gran poeta no aparece en primer término caprichosamente. El nos marca a a los escritores hispanoamericanos de mi generación, del camino de España; él los incorpora definitivamente, a la tradición española, y nos enseña a amar a España con su amor consciente, aspirando a crear, por encima de todas las fronteras, una comunidad de raza, a la cual debemos ser fieles para hacer algo que conste en el mundo.

Era un maestro. «Padre y maestro mágico», como él llamó a Verlaine. Y yo daba mis primeros pasos sobre sus huellas. Venía a España, de donde él acababa de marcharse en su último, definitivo viaje...

Cuando llegué a Barcelona, desde mi Argentina natal, hacía muy poco tiempo que se había extinguido su vida, maravillosa luz. Y su recuerdo se quedaba en carne viva en mi alma al pisar esta tierra, que él amó tanto.

Aquí, en Barcelona, vivió él sus últimos días de Europa; aquí soñó con encontrar la paz de su espíritu y crear una obra que tuviese la serenidad y la grandeza de que aquí se siente penetrada el alma, frente a este mar maravilloso, y estas montañas, que parecen preñadas de fuerza y armonía. Aquí le sorprendió la guerra, cosa que le impidió afincarse en Barcelona; y aquí concibió aquella idea de la cual quiso ser como un predicador laico: la idea de que la paz es la única voluntad divina. Para difundirla por América salió un día de este puerto magnífico, y en América, apenas iniciada su campaña, se topó con la muerte. Y la vida seguía, seguía la guerra, cada vez más encarnizada...

Rubén Darío, era una enamorado de Barcelona. Quizás porque en el alma de aquel gran poeta, como en el alma de esta gran ciudad, vivían en armonioso maridaje, un sentimiento cristiano y un sentimiento panteísta; y por que aquí se sentía impulsado por la vitalidad y el optimismo de la ciudad, gratos a su espíritu creador.

Rendía yo un culto fervoroso a aquella gran figura, a aquel mago de las letras españolas. Y he aquí que al llegar a Barcelona, la ciudad que tantos recuerdos suyos removía en mi alma, en la primera cosa cuyos umbrales traspuse, me encontré con su huella reciente. La casa era la del Consul General de la República Argentina, don Alberto J. Gache, gran amigo de Rubén Darío. Allí se rendía también fervoroso culto a su memoria; y allí tuve la alegría de encontrarme con unos versos inéditos del gran poeta. Los había escrito poco antes de marcharse para siempre hacia el desconocido más allá, que suscitaba en su alma infantiles terrores...

Tiene nuestro Cónsul General en sus salones, donde se acumulan maravillas de arte, una reproducción de la Victoria de Samotracia. Cierta día, el señor Gache se la enseñó a Rubén Darío. A la vista de aquella escultura, gloria de la antigüedad clásica, una ráfaga de emoción debió conmover el alma del gran poeta, que escribió en aquel instante:

«La cabeza abolidada aún dice el día sacro en que fué al viento del triunfo las multitudes plenas desfilaron ardientes delante del simulacro que hizo arder a los griegos en las calles de [Atenas]

Esta egregia figura no tiene ojos y mira no tiene voz y lanza el más supremo grito, no tiene brazos y hace vibrar toda la lira y dos alas pentélicas abarcan lo infinito».

¡Oh! Inolvidable momento aquel en que la cuartilla escrita por aquel formidable creador de belleza y armonía, con su letra redonda y amplia, temblaba en mi mano...

## POMPEYO JENER.

Guimerá: un rostro meditativo y triste, entre unos hombros agobiados. Rusiñol: mirada distraída sonrisa bonachona, barbas blancas en las que asoma un eterno cigarro puro. Pompeyo Gener: chambergo, ojillos vivaces, bigotes retorcidos y perilla,—cuando lleva capa sólo le falta la espada...

Guimerá, Rusiñol, Pompeyo Gener... Figuras próceres de la literatura catalana, también del cotidiano vivir barcelonés. Hoy sólo podemos hablar en tiempo presente del grande y simpático Santiago Rusiñol; pero yo me refiero a aquellos años, ilusionados y bellos, en que vivía en Barcelona.

Estas tres figuras van unidas en mi recuerdo, no sé por qué inconsciente asociación de ideas, dentro del marco de la Barcelona que ví por vez primera.

Conocí a Guimerá y a Rusiñol. De Pompeyo Gener fui amigo. Y, en esta ocasión, su figura se adelanta hacia mí, sombra entre las sombras a hablarme con su voz conocida, de cosas que fueron y que aún viven en mi corazón.

«Peyas», para nombrarle con el apodo familiar con que le conocía toda la ciudad, era amigo de la noche y mantuvo la condición de noctámbulo a pesar de todos los achaques, hasta sus últimos días. Parece que el gusto por la noche se pierda con los años, y él, quería ser eternamente joven. Nosotros también amábamos la noche y quizás por eso gustaba de nuestra compañía.

En Barcelona, como en toda ciudad, pero aquí acaso de manera más definida que en

ninguna, hay varias ciudades. Mis compañeros y amigos de aquellos días hacíamos vivir, entre la ciudad trabajadora que dormía y la ciudad del vicio que velaba, nuestra pequeña ciudad espiritual. Nuestra pequeña ciudad vivía alrededor de la mesa de un café cualquiera, sobre cuyo mármol blanco deshojábamos las rosas de nuestros ensueños. Se celebraba la obra bien hecha, se recitaba el verso bello, se contaba la anécdota interesante, se exaltaba la frase sutil.

Eramos románticos, que vale tanto como decir desordenados. Y, una gran figura romántica era Pompeyo Gener. El presidía muchas noches nuestro pequeño mundo, como un maestro de espiritualidad y bohemia. Ya está dicha la palabra. Eramos todos impenitentes bohemios, y «Peyus» nos traía un aire de Barrio Latino, por donde tantas veces había paseado sus fanfarronerías de mosquetero.

Sus labios, florecidos de anécdotas, nos tenían en suspenso horas y horas. Y muchas veces, cuando apuntaba la claridad del alba y palidecían las estrellas, cruzábamos las Ramblas y le acompañábamos hasta su casa, donde guardaba la espada de Gonzalo de Córdoba, una flor de Sarc Bernardh y un autógrafo de Víctor Hugo.

Un día, yo me separé de aquella tropa lírica para seguir mi camino. Pasaron los días. Y hoy al volver a Barcelona, me encuentro dispersada a aquella tropa. Pero, voy encontrándolos uno a uno, y se vuelven a unir nuestras manos, con un temblor emocionado, como si en nuestras manos palpitase el corazón. A quien no encuentro ya es al capitán «Peyus». El también siguió su camino, el camino por el cual nos iremos todos, para no volver...

Cruzo las Ramblas de madrugada, esperando verlo surgir de algún café, para unirme a él y acompañarle hasta su casa, en tanto me cuenta alguna rara aventura, algún fantástico proyecto.

Al fin, se fué sin haber realizado uno de sus últimos sueños. ¿No lo sabéis? Pompeyo Gener no quería morir sin visitar antes nuestra América. Me lo dijo muchas veces. Pero quería que el viaje estuviese a la altura de un hombre de su imaginación. Soñaba con cruzar el Atlántico en hidroplano y en compañía de Tórtola Valencia...

Hoy, los que quedamos, todos los de aquel grupo, menos él, vamos haciendo nuestro camino, vamos haciendo nuestra obra. Pero en medio de nuestros trabajos y afanes presentes, estoy seguro que todos volveremos los ojos con nostalgia, alguna vez, hacia aquellas horas de divina inutilidad, en las que no hacíamos nada más que soñar. Horas perdidas, es cierto, y que, sin embargo, deseáramos con todo el alma volver a vivir y volver a perder...



# CORREO SENTIMENTAL

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Sí, señorita, gentilísima señorita: puede usted hacerme el gran honor de escribirme. Y yo la contestaré; yo me haré el gran honor de contestarla.

¿Que con qué objeto, usted una señorita honorable, va a escribir a un desconocido? Pues no me escriba usted, amiga mía, que aquí no se obliga a nadie.

Bien, bien; no era eso lo que quería decirme. Lo que sucede es que usted no sabe lo que va a ponerme en la carta.

¡Pues lo que quiera, mujer de Dios!... ¡Así que tendrá usted pocas cosas bonitas que contar!... Y problemas y todo; «problemas trascendentales», a lo mejor.

Escribame, escribame como podría hacerlo a un hermano mayor o a un «tío Rafael»—usted, señorita, es imposible que no tenga un tío que se llame Rafael y sea solterón y muy simpático.

Escribame. Entre usted, entre ustedes y yo, vamos a escribir desde hoy esta sección. Veremos cómo resulta.

Y allá van las primeras cartas:

**CAPERUCITA ENCARNADA.**—Bien; no, de verdad que me gusta el pseudónimo: ¡Caperucita!... poco sugeridor que es. ¿Qué me sentiré lobo? No, señorita, yo aquí actúo simplemente de hermano mayor... o de tío Rafael.

Me escribe usted para comunicarme un «grave aprieto» en que se encuentra: la ha dejado su novio. Usted estaba decidida a casarse con su novio; pero el muchacho no le gustaba demasiado. Por lo tanto, el «abandono» le ha resultado bastante agradable. Ahora bien—pregunta usted—¿es correcto que exteriorice mi alegría porque sin yo provocarla haya venido la ruptura con el hombre que iba a ser mi marido? ¿Y es por otro lado justo—continúa preguntando—, que aparezca como desairada, cuando ese «desaire» me hace casi casi feliz?

«Caperucita encarnada», la respuesta no es cosa fácil, créame. Y el mal proceder de usted—de usted, no se me ofenda—, fué el de antes del «hecho de autos». ¿Por qué aceptó usted por esposo futuro a un hombre a quien no quería «del todo»?

Bien le está que pague ahora las consecuencias. Lo «correcto»—como usted dice—amiga mía, es que aparezca todo lo contristada que su alegría le permita. Exteriormente, desde luego, no podrán usted ni mis consejos evitar que repiquen a gloria las campanitas de su júbilo, por verse libre del «traidor».

M. P. S.—No, claro, aquí no se publicará el nombre de mis comunicantes. ¡Pues en menudos llos íbamos a meternos ustedes y yo!... Cuando, como usted hace, no utilicen pseudónimos mis corresponsales, me dirigirá a las iniciales de su nombre y apellidos. Y nada más.

Ahora, vamos con su caso: ¿creo yo que debe usted cortarse el pelo a lo garcón?

Sinceramente, señorita, yo creo que en su decisión pesará bien poco lo que yo le diga. Cuando una mujer pregunta si nos parece bien que haga una cosa que pueda embellecerla, generalmente ya la ha hecho o está dispuesta a hacerla, aunque tengan que pasar por encima de nuestro cadáver. O de nuestro modo de pensar, si no quiere un símil tan fúnebre.

Pero en fin, allá va mi consejo. Dice que tiene usted diez y ocho años y yo no tengo ningún inconveniente en creerlo. A los diez y ocho años, gentilísima M. P. S. una mujer es bonita, sea cual fuere la longitud de sus cabellos. A no tener un feo muy subido muy subido, una mujer es guapa con el pelo «al cero» o llegándole a los tobillos. ¿Que a usted le gusta a lo «garcón»? Pues, córtese en horabuena. Y verá usted lo requetepreciosa que le copia el espejo.

**LA DAMA DUENDE.**—Caramba, señorita y que antifaz más truculento ha elegido usted para ocultar su nombre...

Pero más lo es aún sin duda, el motivo que «le lleva» a escribirme: el deseo de encontrar un buen tinte para el pelo.

Y el caso es que, infeliz de mí, no voy a poder complacerla. Yo, señorita, no cuento más que con tres o cuatro canas y no se me ha ocurrido teñírmelas. Cuando tenga más, que sé yo!... Tal vez entonces quiera

aparentar una juventud que ya se habrá ido para siempre, por muchos tintes que se me ocurra utilizar.

«Si lo hago y encuentro un «discreto» verdaderamente discreto, se lo comunicaré acto seguido.

Entre tanto, pregunte usted a un perfumista, o a un peluquero... Pero, además, ¿no dice usted que se siente aún joven el corazón? ¡Pues el corazón es lo que importa, amiga mía!...

¡Es tan bello un crepúsculo, y sería tan feo, créame si se disfrazara de mediodía!... Su bello crepúsculo, a buen seguro, tiene bastante para ser hermoso con los últimos rayos de sol. De ese buen sol que aún pone en su corazón, calor de hoguera...

**LA VIDA DE CADA UNO.**—Francamente, señorita: no me gusta el pseudónimo que ha elegido. Ni el contenido de su carta tampoco.

Con sinceridad: abomino de ese tipo de mujer, ambigua y despreocupada, que quiere usted encarnar. Encarnar, sin h, sí, aunque usted en su carta, «modernisim», opine lo contrario...

¿Que quiere usted vivir su vida!... ¡Cómo si su vida fuera suya! ¡Como si pudiera usted sustraer su vida al conjunto de vidas que forman la familia, el pueblo, las razas, la especie, con imperativos deberes de solidaridad!...

Aunque a usted le asombre, señorita del pseudónimo pretencioso, su vida no es sólo suya, sino de todos. Y usted no tiene derecho a vivir su vida, al margen de la vida de los demás. Intrincado todo esto, ¿verdad? Pero cierto; tan cierto como el sol que nos alumbra; o que me alumbra a mí, por lo menos, cuando esto escribo y que usted, a lo mejor, leerá a la luz de cualquier absurda lámpara de su «garzonera al revés».

**PEPE R.**—No. Con los caballeros nada. Aquí no se dan consejos más que a las damas. ¿Porque son más fáciles de embaucar con cuatro frases bonitas? Hombre, ¡qué sé yo!... tal vez por eso.

